

Al Poniente:

EL DÍA 4 DE AGOSTO DE 1802
 FUÉ FUNDIDA Y VACIADA ESTA ESTATUA EN MÉXICO
 EN UNA SOLA OPERACIÓN CON EL PESO DE 450 QUINTALES
 POR EL DIRECTOR DE ESCULTURA DE LA ACADEMIA D. MANUEL TOLSA
 QUIEN LA PULIÓ Y CINCELÓ EN CATORCE MESES Y EN 1852
 SIENDO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA MEXICANA D. MARIANO ARISTA,
 Y PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO DE MÉXICO
 D. MIGUEL LERDO DE TEJADA.
 SE CONCLUYÓ Y COLOCÓ EN ESTE SITIO.

Estas dos lápidas se pusieron en el lugar en que se encuentran, el año de 1863."

México conserva este monumento, como dice la primera de las inscripciones copiadas, por recuerdo artístico, no como tributo al personaje que representa, pues Carlos IV fué entre los monarcas españoles, el que menos se hizo acreedor á una estatua.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

LA CALLE DEL PUENTE DE ALVARADO.

El origen del nombre de la calle que ocupa hoy nuestra atención, data de los primeros años de la Conquista. La tradición se refería por los mismos conquistadores, y después fué arraigándose de tal modo, que unánimemente, poetas y cronistas, la repitieron por más de tres centurias, teniendo por una verdad incontrovertible lo que no fué sino falsa leyenda. El caso no es único ni excepcional. La historia abunda en muchos sucesos fabulosos; pero principalmente la Historia de la Conquista de México está llena de cuentos y consejas. Falso es, entre otras cosas, que Cortés quemara sus naves; falso también que llorara bajo el famoso ahuehuete de Popotla, y falsísimo que Motecuhzoma sucumbiera víctima de una pedrada. Cortés barrenó las naves, no tuvo tiempo de derramar lágrimas en su fuga de la ciudad, y antes de abandonarla ordenó la muerte de Motecuhzoma.

Dice la leyenda que en la célebre retirada de los españoles, Pedro de Alvarado, al llegar á la tercera cortadura de la calzada de Tlacopan "clavó su lanza en los objetos que asomaban sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible y de un salto salvó el foso."

Hecho tan inexacto como admirable impuso el nombre á una de nuestras principales avenidas, que todavía se llama "del

Puente de Alvarado," y en la que se conservó por muchos años un puente y una zanja que corría de Sur á Norte. El Sr. Orozco y Berra, que la vió en 1834, dice que estaba descubierta "á uno y otro lado de la calle," y que por el lado Sur presentaba hacia 1847 un jardín y casa de Baños, que después fué Tivoli del Elíseo, donde se descubre parte de la acequia, y que hacia el Norte existía un portillo que se tapó en seguida por una pared y reja que corresponde ahora á la casa marcada con el número 5. Agrega que el antiguo acueducto pasaba por la calle y que el puente estaba cerca del que fué Tivoli. Ahora no hay restos de puente ni acueducto; pero subsiste el título que se dió á la calle y con él, la tradición que venimos desmintiendo. Y para que pueda apreciarse la verdad del suceso, vamos á recordar el interesante episodio conocido en la Historia por la "Noche Triste."

Hernán Cortés, de común acuerdo con sus capitanes, resolvió dejar la ciudad, en la cual no podía sostenerse por más tiempo, por los continuos y repetidos ataques de los mexicanos. Asegurado el quinto del rey, lo que á él le tocaba, y abandonados cerca de setecientos mil pesos que no era posible llevar—todo provenía de los tesoros indígenas—dió la orden de marcha.

Fué en la noche del 30 de Junio de 1520. La obscuridad era profunda y fuerte el aguacero que caía. La columna de retirada comenzó á salir del cuartel de los españoles, que había sido palacio del Rey Axacacatl, y que estuvo situado en la esquina de las calles de Santa Teresa y segunda del Indio Triste. Marchaban á la vanguardia Gonzalo de Sandoval con los capitanes Antonio de Quiñones, Francisco de Acevedo, Francisco de Lugo, Diego de Ordaz, Andrés de Tapia y otros que habían llegado con Narváez, acompañados de doscientos infantes y veinte caballos. En esta vanguardia, cuatrocientos tlaxcaltecas conducían un puente portátil de madera, que emplearían para atravesar las cortaduras, y cincuenta soldados bajo las órdenes del capitán Magarino, le servían de custodia. En medio, rigiendo la batalla, iban Cortés, Alonso de Avila, Cristóbal de Olid y Bernardino Vázquez de Tapia; los cañones arrastrados por 250 tlaxcal-

tecas y cincuenta rodeleros que los escoltaban; el fardaje en hombros de indios; los caballos conduciendo el quinto del oro, que pertenecía al Rey, y la yegua que llevaba la parte correspondiente á D. Hernando; los macehuales que cargaban en sus espaldas el oro de los capitanes y soldados, las mujeres del ejército, las sirvientas y mancebas, Doña Marina y dos hijas de Motecuhzoma, todas defendidas por treinta españoles y trescientos aliados; los prisioneros que no habían sucumbido, de los que eran principales Chimalpopoca y Tlaltecatzín, hijos del citado Motecuhzoma, el Sr. de Acolhuacán y otros muchos. Atrás y á la retaguardia, que venía á las órdenes de Pedro de Alvarado y de Juan Velázquez de León, caminaba un competente número de peones y un pelotón de caballería. Siete mil aliados, por último, se habían repartido en las tres secciones.

Tan extraña comitiva, semejante á una negra serpiente, atravesó en silencio pavoroso las calles de Tacuba, Santa Clara y San Andrés.

Llovía á torrentes, y el piso estaba lleno de lodo y encharcado. A las dificultades del terreno se unía el peso de las armas y de los tesoros con que la codicia había cargado á los conquistadores. Se llegó á la primera cortadura, situada en la esquina de Santa Isabel, y colocado el puente, se hundió bajo el peso formidable de aquella multitud.

De repente una mujer que iba á sacar agua, á la luz de un tizón encendido contempla á los fugitivos, arroja la tea con que se alumbra sobre las aguas del canal, y anuncia á gritos la fuga de los castellanos. Ya no era necesario: los centinelas mexicanos habían corrido la voz de alerta.

En un instante los que huían se encontraron acometidos por todas partes. La lucha comenzó en medio de negrísimas tinieblas, y á la luz de los relámpagos, se podían ver millares de canoas, cuajadas de guerreros, á la vez que se escuchaba el lúgubre sonido del caracol sagrado, que allá en el Teocalli mayor convocaba para la guerra.

Parte del ejército fugitivo de castellanos y tlaxcaltecas acele-

ró el paso y logró atravesar el puente; pero la otra quedó incomunicada.

Entonces cundió el pánico, reinó el desorden; todos gritaban, todos combatían y cada cual trataba de ponerse en salvo.

Frete á San Hipólito, en la segunda cortadura, muchos pasaron por encima de infinidad de cadáveres, que habían obstruído el foso.

Mas allí fué la mayor confusión y lo más recio de la pelea. Los guerreros aztecas atacaban á los castellanos con furia, sin tregua y cuerpo á cuerpo. Silbaban las flechas disparadas por los arcos, caían piedras de las azoteas y resbalaban los caballos en el lodo ó bajo el golpe mortal de las macanas. Las espadas chocaban contra los escudos, las lanzas habrían hondas heridas, la artillería no funcionaba y la pólvora de los mosquetes no daba fuego, humedecida por la lluvia torrencial.

Espantables eran las voces de las víctimas. Aquí pedía alguien socorro, allá se ahogaba un castellano, y acullá un tercero imploraba á gritos piedad y perdón por sus pecados. Los ayes de los moribundos se mezclaban al ronco son producido por los huehuetls y caracoles aztecas.

En la tercera cortadura, junto al Tivoli del Eliseo, la derrota de los castellanos fué completa. El relámpago con su luz fosforescente, alumbró á la muchedumbre que huía, á los montones de cadáveres—entre los que no podían distinguirse cabezas ensangrentadas, brazos que aún empuñaban la lanza ó el escudo—y á las aguas tintas de sangre, por las que surcaban victoriosas las canoas de los valientes defensores de la patria, quienes á grandes voces vitoreaban á Cuitlahuac y á Cuauhtémoc, héroes gloriosos de aquella tremenda lucha.

En aquel momento, Pedro de Alvarado aparece en la tercera cortadura. Su yegua alazana ha caído muerta. Viene á pie, solo, cubierto de barro; chorreando sangre y defendiéndose hasta la desesperación de sus perseguidores. Encuentra una viga atravesada en la acequia, la pasa, y una vez en el otro lado, monta

en las ancas del caballo de un tal Gamboa, que lo pone fuera de peligro.

Como se ve, el famoso Capitán no saltó ningún foso, ni se apoyó en lanza alguna, sino que pasó por una viga.

Y así fué, en efecto, pues según dice un testigo ocular, el salto hubiera sido imposible por lo ancho y profundo de la zanja.

Por otra parte, en el proceso de Alvarado contestó esto al capítulo en que se le acusaba de haber abandonado á sus compañeros, con estas frases: “Solo e mal herido e el caballo muerto e viéndome desta manera, *pasé el dicho paso*; e no me lo habían detener á mal, ni dármele por cargo, pues fué milagro poderme escapar, e no lo pudiera hacer sy no fuera porque uno de á caballo estaba en la otra parte, que era Cristóbal Martín de Gamboa, que me tomó á las ancas de su caballo e me salvó.”

¿Pero cuál fué el verdadero origen de la leyenda que dió nombre á la calle? El fidelísimo Bernal Díaz del Castillo, testigo ocular de aquellos sucesos, lo refiere en las siguientes palabras:—“Y porque los lectores sepan que en México hubo un soldado que se decía Fulano de Ocampo, que fué de los que vinieron con Garay, hombre muy plático y que se preciaba de hacer libelos infamatorios y otras cosas á manera de *masepasquines*, y puso en ciertos libelos á muchos de nuestros capitanes cosas feas, que no son de decir, no siendo verdad; y entre ellos, demás de otras cosas que dijo de Pedro de Alvarado, dijo—que habían dejado morir á su compañero Juan Velázquez de León con más de 200 soldados y los de á caballo que les dejamos en la retaguardia, y se escapó él y por escaparse dió aquel gran salto, como suele decir el refrán: “Saltó y escapó la vida.”

No fué, pues, más que un sangriento epigrama, como ha dicho un entendido escritor, lo que dió motivo á que se atribuyera á Pedro de Alvarado un salto prodigioso, que, por lo demás, á ser cierto, hubiera dejado más encarecida su ligereza, que acreditado su valor.”